

Lección 4

MOISÉS Y EL ORIGEN DE LA NACIÓN DE ISRAEL

En esta lección estudiaremos la historia inicial de los descendientes de los patriarcas. Después de la muerte de los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y José, sus descendientes residieron en Egipto. Recordamos que José los había acogido y protegido en Egipto. El número de familiares israelitas que dejó José en Egipto fueron 70. Éstos prosperaron en los años siguientes. Las primeras generaciones de israelitas en tierras egipcias no recibieron ningún tipo de restricción porque aún los egipcios y sus gobernantes recordaban que por José todo Egipto se había salvado de una hambruna espantosa.

Pero pasaron los años, vinieron nuevas generaciones de egipcios e israelitas, y de pronto se presenta el cuadro en donde los israelitas comenzaron a aumentar en número al punto que los egipcios se alarmaron. Después, durante el gobierno de un faraón que no conocía el beneficio prestado por José al país, empezó a tomar precauciones para cuidar los intereses de la nación egipcia. Como resultado, la situación se tornó bastante tensa para los israelitas; éstos empezaron a sufrir opresión de mano de los egipcios. Es en este contexto histórico que la Biblia retoma, con el libro del Éxodo, el relato de la historia del pueblo escogido de Dios. También aquí es cuando Moisés recibe la atención principal por primera vez en el Pentateuco. Preparémonos a conocer la historia de Moisés. Y qué mejor que sea él quien nos cuente lo que pasó en su vida.

Primera Parte

Moisés

Locutor: Moisés, usted es quizás el personaje histórico más importante de todo el Antiguo Testamento. ¿A qué atribuye su importancia?

Moisés: Yo creo que se debe a que Dios me escogió para que él hiciera grandes prodigios durante el tiempo en que viví.

Locutor: ¿Cómo cuáles prodigios?

Moisés: Como el rescate milagroso de su pueblo de la mano opresora egipcia. Como la protección que le brindó a su pueblo en el desierto. Como la dádiva de un pacto sellado con su Torá o Ley, que se resume en los bien conocidos Diez Mandamientos. Como la entrega de la tierra de Canaán, la herencia y cumplimiento de su pacto con los patriarcas.

Locutor: ¿Usted le da todo el crédito a Dios?

Moisés: Oh, sí. ¡Absolutamente! Soy consciente de que hay gente religiosa judía y cristiana que sobrestima mi persona. Yo no quiero eso. Lo que quise fue servir gustosamente a Dios. Él me escogió para ponerme en un lugar prominente en la historia de su pueblo. Yo no tuve ningún mérito para ser merecedor de tanto.

Locutor: Bueno. Usted ya ha mencionado grandes temas. Vayamos por partes. Primero, ¿dónde

exactamente nació usted? Platíquenos de su familia.

Moisés: Mi familia proviene de la tribu, es decir de los descendientes, de Leví, uno de los hijos de Jacob. La Biblia es muy escueta para dar información acerca de mis padres. Dice que mi padre se llamó Amram y que vivió 137 años. Mi madre se llamó Jocabed. Tuve un hermano y una hermana mayores que yo, Aarón y Miriam o María (Éxodo 6.20; Números 26.59). El tiempo en que nací y viví es muy discutido. Puedo decir que los expertos dicen que he de haber vivido probablemente hacia el siglo XIII antes de Jesucristo. Para el año en que nací, el gobierno egipcio había decretado la ejecución de todo niño hebreo o israelita que naciera en Egipto. Los egipcios se encontraban verdaderamente alarmados ante el crecimiento poblacional de los israelitas dentro de su país. Concretamente, temían por la seguridad de su gente y de su Estado. Pensaban que nosotros, los israelitas, potencialmente podríamos unirnos a los enemigos de los egipcios y conquistar la tierra egipcia. Debido a eso, empezaron a ejercer una política de aniquilamiento del pueblo israelita a fin de evitar su desmedido crecimiento y continuar al mismo tiempo su dominio sobre ellos. Pero Dios estaba con su pueblo. Y Dios estuvo cuidándome a mí desde que nací.

Locutor: Si usted es israelita, ¿por qué entonces lleva un nombre egipcio?

Moisés: Es que ése fue el nombre que me dio la hija del faraón, mi madre adoptiva. La historia en forma breve, es la siguiente: Mi madre Jocabed quiso salvarme de morir a manos de los egipcios y por un tiempo me escondió. Pero llegó el día que tuvo que deshacerse de mí muy a pesar suyo. Así un día me colocó en un cesto flotante para que descendiera por las aguas de un río, probablemente el famoso río Nilo o uno de sus brazos. Mandó a mi hermana a que a cierta distancia siguiera el cesto y viera dónde habría de parar. Pues bien, fui a parar a las manos de la hija del faraón de Egipto, quien sabiendo que era yo hebreo me rescató, me adoptó como su hijo y me dio el nombre de Moisés (Éxodo 2.1-10). La cosa es que terminé siendo amamantado por mi propia madre Jocabed.

Locutor: Entonces, usted recibió una atención especial como príncipe egipcio. Supongo que su educación fue una de las mejores porque para ese tiempo Egipto era una potencia militar, y su cultura era de vanguardia en el mundo, ¿no es cierto?

Moisés: Efectivamente así fue. El faraón, además, me estimaba como a un miembro de su familia, y junto con él toda la corte egipcia. Debo aclarar algo que me afectó posteriormente y casi me costó la vida (4.24-26). Como los egipcios no practicaban la circuncisión, yo no la recibí. Tampoco fueron capaces de ayudarme a remediar mi problema del habla, pues siempre fui un poco tartamudo. Pero un día, súbitamente, los egipcios dejaron de apreciarme.

Locutor: ¿Por qué? ¿Qué fue lo que hizo para perder su vida privilegiada en Egipto?

Moisés: Es que a pesar de que yo recibí lo mejor de la formación de la cultura egipcia, se puede decir que era muy consciente de mi origen hebreo. Siendo ya un hombre derecho y formado observaba cómo el gobierno y pueblo egipcio trataba con mucha injusticia a los hebreos, a mis hermanos, ¿me comprende?

Locutor: Hasta cierto punto. Pero, ¿qué fue lo que hizo para ganarse la ira del faraón como para querer matarlo?

Moisés: Ya le cuento ahora. Un día, durante un paseo por una ciudad, en una calle me topé con una situación que inmediatamente se me antojó desmesuradamente injusta, y como resultado, tomé justicia por mi propia mano. La situación fue la siguiente: Encontré en un paraje a un ciudadano egipcio abusando con violencia física de un hombre hebreo. Esto me encendió de ira. Notando que nadie más observaba aquella escena, intervine a favor del hebreo. Pero lo hice de tal forma que acabé cegando la vida del egipcio. Supe que si se enteraban las autoridades egipcias de lo que hice, habría de recibir ejemplar castigo. A fin de cubrir el delito cometido, lo enterré apresuradamente. Pero el hombre hebreo al que defendí se dio cuenta de lo que hice. Yo confié que él no informaría a nadie de aquel crimen. Así, me alejé de la escena del crimen, y pensé que todo pasaría a ser como una especie de pesadilla.

Locutor: ¿Quiere decir que la gente se enteró del crimen? ¿Fue usted o aquel hombre hebreo quien reveló su secreto?

Moisés: Por el incidente que le voy a platicar, sabrá que aquel hombre hebreo dio cuenta no a las autoridades egipcias, sino a algunos individuos entre el pueblo hebreo. Lo supe porque al día siguiente del crimen, volví a salir de paseo por la ciudad. En una de las calles encontré una escena similar a la del día anterior, sólo que esta vez eran dos hombres hebreos quienes se encontraban ahí. Esto no me llenó de ira, sino de sorpresa mayúscula, de manera que procedí a preguntar al que agredía a su conciudadano: ¿Por qué agredes a tu prójimo?

Locutor: ¿Qué le contestó el hombre?

Moisés: Para aumentar mi asombro, en pocas palabras me dijo que no interfiriera en los asuntos personales de él y del pueblo hebreo. Arguyó que yo era una persona totalmente ajena a ellos. Entonces me desafió, y en su desafío, caí en la cuenta de que mi crimen era ya conocido entre los hebreos. Concluí con temor que pronto se enterarían los egipcios, como efectivamente sucedió poco después. Como yo conocía las muy rigurosas leyes egipcias, sabía demasiado bien que el faraón me mandaría aniquilar inmediatamente una vez que se enterara del crimen.

Locutor: ¿Así que huyó despavorido de Egipto? ¿Adónde fue a esconderse?

Moisés: Sí, huí lo más rápido que pude hacia el Sureste de Egipto, allende las montañas y el desierto, adonde las autoridades egipcias, pensé, tendrían serias dificultades en encontrarme si trataran de ir en persecución mía.

Locutor: ¿Qué edad tenía entonces? ¿Nos puede decir el nombre de la región donde se escondió?

Moisés: Me refugié en la tierra conocida con el nombre de Madián. A decir verdad, no puedo precisar la edad que tenía cuando salí de Egipto. Sé que algunos estudiosos poseen una tradición en la cual dividen mis 120 años de vida en tres etapas, cada una en cuarenta años aproximadamente. De acuerdo a esta tradición se dice que salí de Egipto a los 40 años, que viví en Madián otros 40 años, y que pasé mis últimos 40 años de vida en la misión que Dios me diera

al frente de su pueblo escogido.

Locutor: De casualidad, ¿sabe usted cuál era el origen de Madián? ¿Cómo lo recibieron los pobladores de Madián? Viviendo en Madián, ¿cómo se ganó la vida?

Moisés: Los madianitas, un pueblo nómada y con seguridad religioso, probablemente provenían de Madián un hijo de Abraham (Génesis 25.1-2). Gracias a que un sacerdote de este pueblo me albergó en su casa, los madianitas me aceptaron amigablemente. El sacerdote que me acogió se llamaba Reuel (Éxodo 2.18, 20) aunque también se le conocía con el nombre de Jetro (3.1). Él se convirtió pronto en mi suegro. Me casé con su hija Séfora (2.21). De ella tuve dos hijos, Gersón (v.22) y Eliezer (18.2-4). Para sostener a la familia que Dios me dio en Madián trabajé para mi suegro cuidando sus ovejas. Debo admitir que no me iba mal.

Locutor: Pero Dios lo habría de sacar eventualmente de esa vida tan tranquila que llevaba entre los madianitas para llevarlo a una vida, digamos, tumultuosa entre los hebreos en Egipto, ¿no es cierto? Díganos, por favor, ¿cómo fue que Dios lo llamó para servirle entre su pueblo escogido?

Moisés: Sí, tuve un verdadero cambio en mi estilo de vida. En efecto, mi vida se volvería tumultuosa, pero también diría altamente satisfactoria en mi servicio a Dios. Con decirle que no cambiaría absolutamente nada de lo que viví porque estoy convencido que la vida que Dios me dio fue la mejor.

Ahora, contestando a su segunda pregunta, le diré que en mi labor de pastor de ganado frecuentemente me alejaba hasta por días de camino de mi casa, en búsqueda de los mejores pastos para alimentar las ovejas a mi cargo. En un viaje en el que me atreví solo a pasar un desierto con mis ovejas, llegué al monte Horeb, también llamado Sinaí, que después fue muy conocido en mis días. Yo me encontraba un tranquilo día al cuidado de mis ovejas que se hallaban pastando en las cercanías de aquel monte, cuando vi a la distancia un detalle que me llamó la atención. Jamás me hubiera imaginado que Dios tenía preparado un encuentro conmigo aquel día. Vi que a la distancia había un arbusto, una zarza, que había agarrado fuego. Esto no era de por sí sorprendente ni alarmante porque eso ocasionalmente ocurría en los linderos del desierto con todo tipo de vegetación. Pero creo que al pasar las horas me percaté que para el tamaño de aquella planta el fuego continuaba muy vivo y que no daba señal alguna de acabar. Así, primero lleno de curiosidad, me fui acercando al lugar donde se localizaba la planta para encontrar una explicación de por qué aquella zarza no se consumía. Debo admitir que mi curiosidad se transformó en asombro, porque conforme me acercaba a la zarza, no veía una explicación satisfactoria. Así, finalmente me atreví a aproximarme directamente a la zarza. En esa acción me encontraba cuando de pronto escuché una voz. Después supe que era la voz de Dios quien me llamaba por mi nombre. Yo le contesté. La voz de Dios me advirtió que no me acercara más al origen del fuego. Me ordenó quitarme las sandalias porque, dijo, aquel lugar era santo. Después se identificó como el Dios de los patriarcas de Israel. Cuando me reveló quién era, por algo que posiblemente aprendí de mi familia hebrea o de los madianitas entre los que vivía, reaccioné cubriéndome el rostro para no ver a Dios, a quien, se me había dicho, nadie podía ver y seguir viviendo.

Locutor: ¡Vaya experiencia fuerte que tuvo usted! ¿Eso fue todo lo que le dijo la voz de

Dios? . . .¿O hubo más? Y si hubo más, ¿cómo logró sobrevivir?

Moisés: Por la gracia de Dios. Él me siguió dirigiendo su Palabra. Me reveló que conocía perfectamente el sufrimiento de su pueblo. Claramente me dijo que había determinado dar cumplimiento a las promesas que había dado a los patriarcas hebreos. Para ello tendría que liberar a su pueblo, los hebreos, que se encontraban cautivos en Egipto. Luego añadió que él me había escogido para enviarme a cumplir con esa misión. ¡A mí, que años atrás había salido huyendo de Egipto! ¿Se imaginan cuál fue mi susto? Reaccioné sin medir debidamente las consecuencias. Pero creo que Dios conocía todos los pensamientos que pasaban por mi mente. Traté de evadirme usando mil excusas. A todas él me hacía saber que no eran válidas.

Locutor: Moisés, disculpe que lo interrumpa. Pero, por favor, refiéranos una muy buena excusa que usted esgrimió frente a Dios.

Moisés: ¿Una buena excusa? Tuve varias, pero creo que ésta es muy significativa. Dentro de mis objeciones, yo le pinté a Dios el escenario cuando me encontraría frente a los hebreos y procediera a decirles que el Dios de sus antepasados me había enviado a rescatarlos. Ante la indudable pregunta de ellos para identificar el nombre de ese Dios, ¿qué nombre les diría? ¡Yo mismo no lo conocía hasta aquel día! Ése era un buen argumento, ¿no cree usted?

Locutor: No me cabe la menor duda. ¿Quiere decir entonces que a Dios no se le conocía entre los hebreos con un nombre propio?

Moisés: Así es. Claro que se le refería ya con otros nombres, como El-Saddai por ejemplo (Génesis 17.1). Pero generalmente se le conocía como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob hasta que aquel día me reveló su nombre. Hoy día se conoce como **tetragramatón** (cuatro letras consonantes YHWH) al vocablo del nombre de Dios entre los estudiosos. Este concepto es el que en nuestro vocabulario se conoce como Yahvé. El nombre está compuesto en el idioma hebreo por cuatro letras. Básicamente el nombre de Dios significa: “Yo soy el que soy,” o también “Yo seré quien seré.” El nombre de Dios tiene que ver con la esencia del ser. ¡Él es! Punto.

Locutor: Brevemente comparta otra excusa que le refutó Dios en su llamamiento.

Moisés: ¿Se acuerda que ya le mencioné que era yo tartamudo? Bien, esa buena excusa Dios me la refutó al decirme que Aarón, mi hermano, a quien no había visto en muchos años, hablaría por mí (4.10-16). ¡Qué extremadamente fácil es para Dios refutar todos los ingeniosos argumentos humanos! ¿verdad?

Locutor: Ahora pasemos a lo que hizo usted después de haber sido llamado. ¿Llegó a Egipto?

Moisés: Sí, casi inmediatamente me dirigí a Egipto después de regresarle a mi suegro sus ovejas y de ir por mi familia (4.18-20). Yo iba bien advertido por Dios que la salida de su pueblo de Egipto no sería una empresa fácil. Por ejemplo, me anticipó que el faraón se obstinaría neciamente en no dejar salir al pueblo hebreo ni siquiera para adorar a Dios a una distancia de tres días de Egipto. También me anticipó que finalmente saldría el pueblo hebreo cargado de riquezas que los mismos egipcios obsequiarían a los hebreos antes de salir de Egipto. Dios había

planeado todo de tal manera que él ejecutaría milagrosas señales en favor de su pueblo a fin de lograr su libertad de la esclavitud. Un propósito simultáneo era despejar toda duda entre amigos y enemigos de que la libertad de su pueblo sería una acción completamente realizada por Dios, para dar así cumplimiento a las promesas de levantar una gran nación de los patriarcas, de llevarlos a una tierra que habría de entregarles y de acordar con su pueblo el pacto solemne de que él sería su Dios y ellos su pueblo. Repito, la empresa sería muy, pero muy difícil, pero Dios me aseguró que él saldría victorioso y que me llamaba para participar de esa victoria suya.

Locutor: Entiendo que Dios lo instruyó qué hacer en Egipto. También entiendo que Dios le indicó qué hacer en medio de una serie de plagas que se desataron para herir a los egipcios, mientras que los hebreos, mediante la protección divina, saldrían ilesos de toda plaga, ¿no es así? Por favor, cuente a los estudiantes algunas de esas plagas, y la manera en que finalmente el faraón consintió en dejarlos ir.

Moisés: En total fueron diez plagas. Entre ellas estuvo la conversión de las aguas en sangre (7.14-25), la del granizo que acabó con toda cosecha de los egipcios (9.13-35) y la última fue la que Dios había preparado para dejar una lección trascendental, no sólo a Egipto, sino a todo el mundo. Esa plaga fue la mortandad que se desató entre los hijos mayores de toda familia y ganado egipcio. Conectada con esta última plaga, Dios ordenó instituir a los hebreos lo que hoy se conoce como la fiesta de la Pascua (11.1-10; 12.29- 36). Por cierto, la Pascua está muy conectada en la iglesia cristiana con la celebración del sacramento de la Comunión. Con esta plaga, la última, Dios terminó de doblegar lastimosamente a los egipcios y a su gobernante. El faraón procedió a despedir a los hebreos tras 430 años de residencia en Egipto (12.40), mientras que el pueblo egipcio regaló a los hebreos todo tipo de objetos valiosos (12.35-36).

Locutor: Usted dijo que los descendientes de los patriarcas en Egipto residieron allí por 430 años. ¿Cuántos eran en número los que salieron definitivamente de Egipto?

Moisés: Que yo recuerde no hubo ni un sólo hebreo que se quedara en Egipto. Es más, cargamos hasta con los huesos del último patriarca, José (13.19). De todas las tribus de Jacob se contaron 600,000 varones sin contar niños. Estamos hablando de varones a partir de los 13 o 14 años. El número de mujeres creo que nunca se sabrá con exactitud.

Locutor: Y una vez que se encontraron libres, ¿a dónde fue tanta gente?

Moisés: Dios nos indicó que los guiáramos en dirección de la entrada del desierto. Él sabía el por qué (13.17-18). La salida fue realizada con cierta prontitud. Dios se manifestó frente a todo su pueblo. A fin de apresurar su paso, Dios proveyó una nube que guiaba a todo el pueblo durante el día. Por la noche proveyó una columna de fuego, de manera que todos veían el suelo que pisaban. Eso les facilitó su avance. Pero Dios todavía tenía preparada una sorpresa, tanto para su pueblo como para los egipcios. Él se manifestaría de tal forma que despejaría toda duda de la grandiosidad de su poder y protección hacia su pueblo.

Locutor: ¿A qué se refiere?

Moisés: Al hecho de que Dios movió al faraón egipcio a ordenar la persecución, captura y

regreso de todos los hebreos. Para ello ordenó a lo mejor de sus fuerzas militares a ir tras los hebreos. Así sucedió que el pueblo hebreo, cuando se enteró que el ejército egipcio venía tras ellos, se llenó de gran pavor al punto de que su miedo los llevó a iniciar una serie de quejas y lamentos que no acabarían durante todo el trayecto y el tiempo que les llevó llegar a la tierra prometida por Dios. Empezaron a demostrar claramente su naturaleza pecadora y rebelde contra Dios, y de paso contra mi hermano Aarón y contra mí, que en ese momento éramos los instrumentos humanos y visibles de Dios. Fue la actitud del pueblo hebreo la que me amargó por el resto de mi vida. Fue tal la rebeldía del pueblo que hubo un momento en que le solicité a Dios que me quitara la vida. Pero debo decir que mi relación con Dios se tornó más cercana, más íntima, y más satisfactoria. Pero, volviendo al incidente militar que provocó el miedo entre nuestra gente, debo agregar que Dios, como ya insinué antes, hizo un verdadero prodigio para rescatar a todos los hebreos del atropellamiento militar que habían iniciado los egipcios. Se los voy a decir en pocas palabras. Dios me ordenó extender mi vara sobre el mar. Y he aquí que el mar empezó a dividirse dejando a descubierto la tierra firme. En medio de un viento que Dios mandó para contener las paredes del mar, me ordenó dar instrucciones que todos los hebreos procedieran a avanzar en medio del mar, el cual cruzaron completamente en seco. Viendo esto los soldados egipcios se atrevieron a seguirlos, cuando de pronto Dios me ordenó volver a extender mi vara sobre el mar, lo hizo para que se cerraran las murallas del mar dividido, y los egipcios murieran ahogados en él (Éxodo 14).

Locutor: ¿Qué hicieron después todos ustedes?

Moisés: Bueno, nos alegramos de tal forma al ver la acción de nuestro Dios que le rendimos todos, sin excepción, adoración por medio de un cántico que está registrado en la Biblia (15.1-18). Mi hermana después reunió a las mujeres y continuaron la adoración y la alabanza (15.20-21). Después Dios me ordenó guiar a su pueblo en dirección del monte Horeb o Sinaí. Aquél era el lugar donde él se me había revelado y adonde me había ordenado volver con su pueblo para confirmar permanentemente un pacto. Antes de la llegada a ese lugar se presentaron una serie de vicisitudes que Dios generosamente resolvió. Por ejemplo, proveyó el maná del cielo y carne (Cap. 16), provisión que por cierto duraría los 40 años en el desierto (16.35), y me habilitó a ser juez entre su pueblo (Cap.18).

Locutor: ¿Y cuándo llegaron al Sinaí?

Moisés: Aproximadamente tres meses después de la salida de Egipto (19.1). Al acampar en las inmediaciones de Sinaí, Dios me ordenó subir ante su presencia en la cima del monte. Ahí me reveló su voluntad y me hizo saber una serie de leyes que servirían para regular la relación entre él y nosotros, su pueblo. Estas leyes no sólo incluyen los Diez Mandamientos (20.1-17), sino otras órdenes que regulan las relaciones éticas entre los hombres, y las instrucciones sobre el culto a Yahvé. Éstas fueron parte del pacto de Dios, el cual consistió básicamente de que él sería el único Dios del pueblo de Israel y él lo protegería y le entregaría la tierra de Canaán. Echaría de ella a sus moradores para dar paso a los israelitas.

Locutor: ¿De manera que gran parte del resto de los libros del Pentateuco tratan sobre leyes?

Moisés: Básicamente sí. Por eso, entre los judíos, a estos libros se les conocen como la Torá, o

simplemente, la Ley.

Locutor: Antes de terminar, Moisés, ¿Quisiera usted agregar algo importante de su vida?

Moisés: Sí, dos cosas. La primera es que mientras Dios me daba las tablas de la Ley, él vio que el pueblo de Israel se estaba corrompiendo de manera espantosa. Se había hecho un ídolo. Dios se airó tanto que me pidió que me hiciera a un lado de entre su presencia y el pueblo. Claramente me dijo que habría de proceder a fulminar a todo el pueblo de Israel. Ante esto, me atreví a argumentar diciéndole que al hacerlo permitiría a los pueblos que seguían con cierta atención la marcha de los hebreos por el desierto concluir que el Dios de los hebreos sólo los había sacado de Egipto para darles muerte en el desierto. Después procedí a rogarle que no destruyera al pueblo, lo cual pareció convencer a Dios y hacerle cambiar de parecer. En efecto, este incidente creo que hay que mirarlo con mucho cuidado porque no quiero que se piense que yo fui lo suficientemente capaz por mis propios méritos de convencer a Dios. Yo no quiero honores que no merezco. En cambio, quiero llamar la atención al amor y a la bondad extrema de Dios. Yo creo que la oración motiva a Dios a amar a su pueblo a pesar de la rebeldía de los seres humanos. Creo que debemos detenernos más a ver el gran amor de Dios para su gente. Este amor finalmente mueve a Dios a no causar daño a nadie de su pueblo. Pero tampoco quiero que se piense que, tomando en consideración todo el mensaje bíblico, Dios jamás terminará castigando al hacedor de pecado. Lo que la Biblia dice es que Dios sí castigará al pecador en última instancia. Mientras tanto, el amor de Dios ha hecho que él mismo planeara la salvación del pecador por los méritos de su Hijo Jesucristo. Ya tendremos oportunidad de profundizar más en este plan salífico de Dios en la medida que aprendamos más de Dios y su Palabra. La segunda cosa que quiero decir es en conexión con el amor de Dios y su plan para hacer llegar su amor a los seres humanos. Como ejemplo hago alusión a uno de los eventos que ocurrieron en el desierto entre el pueblo hebreo. Dios en una ocasión los castigó por haber manifestado una rebeldía altamente ofensiva contra él. Como resultado de una ofensa, Dios mandó al campamento de su pueblo unas serpientes venenosas que mordieron y provocaron la muerte de muchos. La gente no tardó en darse cuenta de su pecado y solicitó la pronta intervención mía frente a Dios a favor del pueblo. Respondiendo, Dios mandó una solución a la muerte segura de los que serían mordidos. Hizo que se fabricara una serpiente de bronce, y que se levantara a la vista de todo el pueblo para que una vez que una persona fuera mordida por una serpiente, ésta tan sólo levantara su mirada en dirección a la serpiente de bronce, y por medio de esta acción, fuera sanada. Aquí una vez más puede verse el amor de Dios hacia su gente. Sin duda, él quiere la salvación de todos. De hecho, él ha provisto la salvación de toda la humanidad en su hijo Jesucristo, quien de la misma forma fue levantado en una cruz para ofrecer su vida en expiación por los pecados del mundo. Ésta es una expresión del amor de Dios, expresión de la que, sin duda, nadie puede considerarse suficientemente digno de ser objeto.

Locutor: Moisés, para dar por terminada la entrevista, cuéntenos sobre sus últimos días de vida.

Moisés: Dios me concedió un privilegio enorme al tener una relación muy estrecha con él en los últimos años de mi vida. No sentí el tiempo acumulándose en años. Permanecí fuerte y mi salud jamás fue diezmada. Sin embargo, el plan de Dios para mí fue que poco antes de entrar el pueblo en la tierra prometida, la tierra de Canaán, me permitió divisarla a la distancia. No me dejaría entrar a la tierra prometida. Me dijo claramente que mi fin estaba próximo. Escogió a Josué

como mi sucesor, a quien mostré a todo el pueblo para que no hubiera la menor duda de quién era el que Dios había escogido como la persona que dirigiría a su pueblo en la entrada y eventual conquista de la tierra de Canaán, allende el río Jordán. (Deuteronomio 31.7-8). Después de mis alabanzas a Dios (31.30-32.1-43) y bendiciones al pueblo (Deuteronomio 33), Dios me llamó ante su presencia cuando yo tenía 120 años de edad (Deuteronomio 31.2; 34.7). Nadie supo dónde fui enterrado por Dios (34.6). Espero que ustedes, como yo, sean privilegiados por Dios cuando él use sus vidas para su gloria y propósito.